

HUBERT DREYFUS, CHARLES TAYLOR, *Recuperar el realismo*, traducción y prólogo de Josemaría Carabante, Rialp, colección Pensamiento Actual, Madrid, 2016, 276 pp. ISBN: 978-84-321-4681-7.

“Una imagen nos tuvo cautivos. Y no podíamos salir, pues reside en nuestro lenguaje y este parece repetírnosla inexorablemente”. Los filósofos Hubert Dreyfus y Charles Taylor toman esta evocadora cita de las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein como punto de partida para profundizar en el debate contemporáneo en torno a una pregunta siempre actual: ¿qué es conocer? *Recuperar el realismo* sostiene que nuestro modo de responder a esta pregunta está irremediabilmente condicionado por esta “imagen” (*Bild*) a la que aludía Wittgenstein. “En nuestra cultura subyace un gran error, una comprensión equivocada de tipo operativo sobre lo que significa conocer” (p. 20), sentencian Dreyfus y Taylor.

Todos venimos de Descartes; nuestra manera de pensar y nuestra forma de desenvolvernos en el mundo hunden sus raíces en la imagen cartesiana del conocimiento. Por este motivo, identificar dicha imagen, definir su alcance y advertir sus errores ha de ser, a tenor de los autores, el primer objetivo del debate epistemológico; de lo contrario, no será posible dejar atrás esta concepción distorsionada. En cierta medida, este es también el objetivo de *Recuperar el realismo*: “convencer al lector de que esa imagen errónea existe y que ha dominado el discurso filosófico durante demasiado tiempo” (p. 42). Dreyfus y Taylor presentan en el primer capítulo de su ensayo una síntesis esclarecedora de la imagen cartesiana, de la que destacan un rasgo dominante: su estructura “mediacional”. En otras palabras, nuestro conocimiento de la realidad, externa a nosotros, se encuentra mediado por las representaciones internas de la realidad elaboradas por nuestra mente. Según esta estructura, accedemos a la realidad “solo a través” o “por medio” de esas representaciones internas, y nuestro conocimiento de ella será más o menos veraz en la medida en que la representación se ajuste a dicha realidad.

En último término, la solución cartesiana –guiada por los nobles ideales de claridad y distinción– deriva en una división infranqueable entre dos mundos: la realidad de fuera y la representación de ella elaborada dentro de la mente. La “clasificación dualista” se presenta así como una consecuencia forzosa de la imagen “mediacional” del conocimiento. A partir de Descartes ya no habrá un mundo, provisto de una teleología interna, sino dos: el mundo físico, sujeto únicamente a las leyes de la causalidad eficiente, y el mundo del sujeto, cuya tarea es fundamentar de modo racional esa realidad externa, desprovista de orden y finalidad. Fue Immanuel Kant quien, al comienzo de su *Crítica del juicio*, advirtió sobre el “abismo infranqueable” que se había abierto entre la esfera de la naturaleza y la esfera del sujeto, “de tal modo que del primero al segundo

ningún tránsito es posible, exactamente como si fueran dos mundos diferentes” (Ak, V, 175-176).

La principales propuestas epistemológicas de nuestro tiempo parecen situarse en abierta oposición a la imagen cartesiana. No obstante, como señalan los autores, su refutación del modelo de Descartes es solo aparente. Tanto en el “giro lingüístico” de Richard Rorty como en el “giro materialista” de Willard V. O. Quine subyace, de forma velada, la estructura “mediacional”. Tal y como sucede con este último, ni siquiera la negación de la dimensión inmaterial del sujeto, su alma racional, resulta un camino válido para escapar del dualismo.

A tenor de Dreyfus y Taylor, esta escisión en dos mundos —exterior e interior— es profundamente problemática. En seguida surge la pregunta sobre la conexión entre esas dos esferas y, ante la falta de una respuesta convincente, germina el escepticismo. De igual modo, el escepticismo metodológico del que se sirvió Descartes para poner la realidad bajo sospecha pronto deja de ser una posición transitoria para convertirse en un callejón sin salida. Más allá del propio sujeto fundante, no encontramos otro asidero que garantice la conexión con la realidad y, en última instancia, surge el horror de quedar desconectados del mundo exterior. Si el conocimiento se funda solamente en estados mentales, ¿cómo objetar la hipótesis de que somos cerebros metidos en una cubeta, estimulados para tener la conciencia de llevar una vida normal? Queda así patente cómo las consecuencias de la imagen cartesiana van más allá del ámbito del conocimiento: dado que el ser humano es una unidad, la distorsión alcanza también a los terrenos ontológico y ético. “Somos, pues, seres divididos que necesitamos una cura” (p. 57), afirman los autores.

La propuesta articulada por *Recuperar el realismo* no deja de ser una llamada al sentido común. No somos sujetos desvinculados de la realidad, capaces de acumular los *bits* de información que recibimos y elaborar a partir de ellos una representación objetiva y neutral —“desde ninguna parte”— del mundo exterior. Esta visión artificial del hombre es rebatida por los autores desde una perspectiva en gran parte fenomenológica, que se apoya sobre todo en las tesis de Martin Heidegger y Maurice Merleau-Ponty, dos filósofos con los que las obras de Dreyfus y Taylor han dialogado de modo recurrente. Así, este ensayo apuesta por una idea del hombre como “agente encarnado”, opuesta a la concepción del “sujeto desvinculado” procedente de la epistemología moderna. En palabras de los autores, “nuestro modo de captar la cosas no se encuentra en nosotros, frente al cual se erigiría el mundo. Se halla en nuestro contacto con él” (p. 158). El existencial heideggeriano “*In-der-Welt-sein*” (Ser-en-el-mundo), correlato del “*Être au monde*” de Merleau-Ponty, es el punto de partida ineludible de todo conocer. La idea de un conocimiento que empieza de cero es ilusoria: partimos siempre de un “trasfondo de comprensión”, fruto de nuestro afrontamiento cotidiano con las cosas.

Es precisamente en ese “trato encarnado con el mundo”, según la expresión recogida por Dreyfus y Taylor, donde se encuentra la salida a esa

cautividad de la imagen denunciada por Wittgenstein. En este sentido, “podemos afirmar que sabemos más de lo que sabemos” (p. 117). Los criterios de claridad y distinción, válidos para un conocimiento estrictamente conceptual, habían eclipsado un trasfondo de comprensión rico y profundo, que opera en nuestro conocimiento de forma “primordial” (*Ursprünglich*), con anterioridad a los conceptos. En síntesis, nuestra primera percepción de la realidad no es la representación que elaboramos de ella, sino el compromiso que adquirimos —de índole no solamente epistemológica, sino también existencial— en nuestro continuo trato con ella. Como bien señalan los autores, de esta noción de “trato encarnado con el mundo” se sigue que nuestro papel como agentes de conocimiento va mucho más allá de la recepción pasiva de *bits* de realidad. Tal y como había adelantado Kant, el conocimiento es también un acto de espontaneidad: “es al mismo tiempo limitado y libre, situado pero a la vez creativo y espontáneo” (p. 130), una “coproducción” entre yo y el mundo. Este descubrimiento hace que la hipótesis del cerebro en una cubeta quede desfasada.

Otro interlocutor de *Recuperar el realismo* es Hans-Georg Gadamer, cuyo concepto de “horizonte” apunta a ese “trasfondo de comprensión” que precede al conocimiento conceptual. En *Verdad y método*, Gadamer presenta su noción de “horizonte” como algo dinámico: “El horizonte es más bien algo en lo que hacemos nuestro camino y que hace el camino con nosotros” (*Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 2005, p. 375). Implica un conocimiento conceptual pero, sobre todo, un trasfondo no articulado, que se redefine de forma constante, al tiempo que tratamos con la realidad que nos rodea.

En cierto sentido, el énfasis de *Recuperar el realismo* en esta idea del conocimiento como incrustado en un trasfondo u horizonte que lo condiciona parece sugerir una suerte de relativismo epistemológico. Sin embargo, esta sospecha pronto se diluye cuando Dreyfus y Taylor abordan esta posible deriva. Los autores toman de Gadamer la noción de “fusión de horizontes” para hablar de la apertura al otro a través del intercambio lingüístico. La primacía de la conversación permite alcanzar esta fusión, que da lugar a la comprensión recíproca. A menudo, la fusión de horizontes siempre tiene costes para el propio trasfondo u horizonte. No obstante, se trata de una pérdida que pronto se torna en ganancia; esto significa, en palabras de los autores, que “aunque fuertemente condicionados por las formas expresivas / integrantes / manifestativas de una cultura, los seres humanos no estamos encerrados en ellas” (p. 209). En suma, la posibilidad de una fusión es el envés de la existencia de una realidad compartida —y verdaderamente independiente—, que permite la convergencia.

No es habitual encontrar, dentro del panorama contemporáneo de la teoría del conocimiento, una propuesta que ponga el acento en este aspecto: la existencia de una realidad independiente y, como corolario, de una verdad entendida como correspondencia con lo real. A diferencia de

Rorty —otro interlocutor muy presente en *Recuperar el realismo*—, Dreyfus y Taylor afirman que la teoría de la verdad como correspondencia es relevante. Las cosas que se nos ofrecen en ese trato encarnado con el mundo no se dan solo en referencia a nosotros: tienen una solidez y profundidad óptica. “Poseen lo que la filosofía ha llamado una ‘naturaleza’ que hemos de tener en cuenta y respetar” (p. 225). En este sentido, hay una realidad única que, a su vez, es susceptible de ser comprendida desde diversos trasfondos, aunque, al final, no todos se revelan como igualmente válidos.

El “realismo robusto plural”, tal y como es bautizado por los autores, es una propuesta audaz y sencilla, que abre un camino de búsqueda de la verdad en un clima de pensamiento tal vez receloso frente a este tipo de proyectos. Al mismo tiempo, *Recuperar el realismo* se caracteriza por un discurso abierto, donde son más numerosas —e incisivas— las preguntas planteadas que las respuestas que se ofrecen. Se trata, en este sentido, de una verdadera búsqueda en la que el lector es invitado a tomar parte a través de caminos a veces sinuosos, pero siempre iluminados por un esclarecedor sentido común.

Pablo Alzola Cerero